

Martín

Oli Pijoan

ES SIN DUDA UN AMBIENTE GÉLIDO y por poco polar lo que hace que esta mañana, Martín, no quiera levantarse. Lleva pegadas al cuerpo las mantas térmicas y el amanecer le atormenta, pues sabe que hubo hecho evidente abuso del tinto la noche anterior, y ni qué decir de las rubias vikingas que le venían por docenas, todas imitadoras fieles de las noches de *Wild On* y conocedoras asiduas de los secretos de Victoria. Se piensa este caminante del sur que a las chicas envueltas en blanco terciopelo les viene bien la joyería de fantasía, a la cual se han hecho afectas, y no es sino por ello que la llevan orgullosamente en los ombligos, las lenguas u otros sitios de orden demasiado soez como para hacer relato de ellos en este momento.

Y es así que comienza este día de estío perdido, en el que amenazan vientos incordiales y tristes cielos. A Martín no parece importarle, sin embargo, pues hace tiempo que se reconoce a sí mismo como una parte inequívoca del lugar... Y cómo fue que un Ingeniero Químico terminó enamorando uvas, nadie lo sabe a ciencia cierta. Lo que sí sabemos es que todas esas andadas a través de los corredores del viñedo, todos los atardeceres y los fervores y los fuertes sentires que se le han ido generando conforme va hundiendo las narices en las uvas, le han dotado de un aspecto peculiar, y por más que no alcance a comprenderlo del todo, podemos afirmar, de forma casi matemática, que

los colores los porta con excelente gusto, para la fascinación y el extenuante frenesí de las vikingas.

Mucho no hay que se pueda afirmar acerca de este extranjero, pues le conocemos apenas y su esencia permanece aún encandilada por las auroras boreales y los 10,000 lagos que adornan este sitio de fantásticas quimeras. Sería justo, pues, afirmar que de Martín no podemos decir casi nada, pues mucho más allá del nombre no le hemos descubierto. Aún así y a pesar de ello, hace falta abrir un paréntesis en este brevísimo epílogo y escordio suyo, uno que le haga la justicia que se ha merecido tras tan cerrado y justo tiempo, uno en el que atinemos a afirmar que en él debe existir, casi por orden divino, algún tipo de magia, alguna especie de pócima de buenaventura que hace que los que estemos cerca nos sepamos en un mundo de seres menos miserables.

Y habiendo dicho lo anterior, dejamos ya que Martín siga con su mañana a cuestas; lo dejamos que intente lavarse el exceso de humanidad en uno de esos paseos *uvíferos* a los que se ha vuelto tan asiduo. Y sabiendo también que las probabilidades de volverle a encontrar de nueva vuelta en este mismo paralelo se reducen a tímidas risas, le damos la despedida con fuerte ánimo y lo ponemos con todo en los brazos de Fortuna, esperando que logre encontrarse en la tierna cáscara de alguna de sus múltiples uvas. •